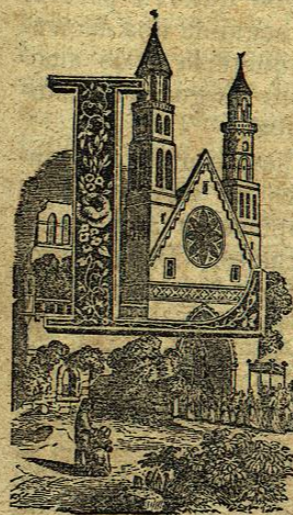




LA COQUETA.



No le pegues á la muger
ni con una rosa.—*Ley del
Indostan.*



A coqueta es una muger que se encapricha en conquistarse adoradores con las armas de un atractivo que le ha negado el cielo, pero que su vanidad y su malicia saben aparentarlo con numerosos y admirables artificios; en consecuencia, para conocerla es necesario estudiar detenida y separadamente sus faltas, sus artificios y sus adoradores.

La primera falta que una muger procura encubrir, es la sobra de años; cuando pasan de veinte abriles los que coronan su hermosura, no contempla con disgusto su edad, pero teme que le sean desfavora-

tomarles el pulso cuando se les habla de amores, por temor de que una fuerte emocion las arrastre á la agonía, ó por lo menos les cause peligrosas y dilatadas obstrucciones: siguense las asustadizas que lanzan agudos gritos cuando ven á un hombre del cual no esperan formarse un amante; no olvidemos á las apasionadas, que al escuchar una cancion tierna se desmayan; son tambien dignas de un recuerdo, las que afectan mirar con desprecio á los jóvenes que no pertenecen á su pandilla, y son mas repugnantes que todas, aquellas que presumen comprender cierto lenguaje, que solo puede hablarse sin rubor en los cuarteles. Y ¿qué pretende Simona cuando empañando el pudor, precioso ornato de su seso, confiesa con descaro en una reunion de varones, que algun ausente es de su gusto? Provocar el amor propio de los circunstantes; y las mugeres que así se espresan suelen llevar su cinismo hasta dejar ver algunos de sus encantos personales, escandalizándose despues cuando se les declaran los deseos que ellas solas han causado.

Examinemos, para terminar, una cuestion tan importante como curiosa: una coqueta cuando llega á persuadirse de que ha pasado para ella la edad de los amores ¿en qué emplea el vicio de la coquetería, si lo conserva arraigado en su corazon? Desde entonces la muger no se empeña en hacerse amable, y procura en cambio que la juzguen todas las gentes y en todos los negocios interesante; podeis seducir á su hija con tal que le permitais intervenir en vuestros amores: en todos los chismes y delitos humanos, siempre aparece receptándolos ó dirigiéndolos una vieja.

Siempre que aquel juez famoso
¿Quién es ella?
Preguntaba malicioso
En cualesquiera querella,
Su escribano contestaba
Antes de escuchar la queja,
Y nunca se equivocaba:
¡Una vieja!

¿Quién lleva á un chico á la escuela?
Es su tia,
Si no es su tia es su abuela,
Y en todo caso una arpía.
Pero desde entonces él,
Vengativo, nunca deja
De figurarse en Luzbel
Una vieja.

Aunque fuerte en los noveles
La pasion,
Siempre los conserva fieles
A las leyes de Platon;
Y no espereis que un tercero
Resulte de esa pareja,
Si tercera no es primero
Una vieja.

Gil de grave enfermedad
Escapaba,
Por la grande habilidad
Del doctor que lo curaba.
¿Quién el remedio casero
Que lo ha matado aconseja
Y aun amaga al mundo entero?
Una vieja.

Oh que zambra ha provocado
Mi letrilla!
Mi casera se ha alarmado
Y suelta su tarabilla.
Cien viejas trae á la cola,
Puesto que al mal se asemeja
En que nunca viene sola
Una vieja.

Las reglas anteriores servirán al lector para que pueda clasificar todos los tipos de coquetería que en este artículo no encuentre mencionados; por ejemplo: las que llaman á los hombres en sus barbas, buenos mozos; las niñas que delante de los varones se acarician mútua y tiernamente, como las que cargan perro; las que fingen preñez; y en fin, todas aquellas á quienes nadie espontáneamente se atreva á leerles el peligroso cuaderno en que se publiquen mis felices y profundas observaciones.

La emancipacion de la muger ha producido el fruto unas veces amargo y otras dulce de la coquetería. Donde la muger es esclava como en Asia, y cuando como en Roma y Atenas se la ha clasificado entre los bienes semovientes, en vano se buscará una coqueta, pues entonces la compañera del hombre, esposa ó concubina favorita, carece de voluntad y no sabe lo que importa una posicion social, para por

medio de artificios asegurarse un porvenir, y aumentar la cosecha de sus placeres. Abandonada entre nosotros frecuentemente la muger á sus propios recursos, y sin otra profesion que la de agradar, pide al arte lo que le ha negado la naturaleza, y procura identificar su imagen con los mas ardientes deseos; mas para que pueda provocarlos es indispensable que siempre aparezca como muger, supuesto que el sexo á que pertenece es el primero de sus atractivos. Así es que siendo la mitad mas hermosa del género humano, muchas veces tan fea como la otra mitad, no debe la muger adoptar el traje varonil sopena de perder las apariencias del tesoro que oculta y de abdicar la coquetería. Si en nuestra patria se hubiera adoptado esa moda anti-coqueta presentariamos en nuestro tipo un fastidioso *dandy* en lugar de esa jóven graciosa y provocativa.

Pero he aquí una cuestion que me propone el maligno litógrafo con el ingenio que acostumbra desplegar en todos sus retratos: esa muchacha tan hermosa como engalanada, al levantar su ropage, intenta lucir su pié ó su calzado? Respondo que la esplicacion la encontraremos en sus ojos: ¿es orgullosa su mirada? quiere aparecer rica: ¿se ruboriza y no se atreve á vernos? es porque teme que no juzguemos su pié extraordinariamente pequeño. Pero se me replica: segun tu sistema ninguna es coqueta á solas, y á nuestra heroina no la ven sino su espejo y su perro. Distingo. No la ven ni espera que la vean, lo niego; no la ven pero ha escuchado los pasos de una visita, concedo. Se me pregunta, por último, ¿quién llega? Eso dígallo el perro que no ladra; es una persona á quien está acostumbrado á ver en los brazos de su ama cuando él queda olvidado en el suelo, y si se le antoja ser celoso, se mira como quien dice: tras de cornudo apaleado.

Marzo de 1855.

